

Humberto Guzmán Arze

Estaño



LORECIA la luz en las mañanas, como rosa de cinabrio sobre la línea de la pampa. Los cerros, con su vientre metálico asomaban por encima del Altiplano, untándose de sol.

En la madrugada, parecían también de cinabrio el edificio del ingenio, que alargaba su monotonía por las faldas de la sierra, y las casas de los mineros, encogidas a sus pies.

Pero, el bermellón del sol no penetraba en la bocamina. Quedaba negro, como una mancha, este pulmón del cerro que expulsaba su aliento húmedo y pegajoso.

Las torres de acero hincaban sus garras sobre altos lomos, para erguirse con serenidad. Se miraban ellas, de pie sobre las combas del suelo, unas enfrente de otras, tendiéndose los nervios de unos cables. Por encima de éstos, resbalaban los andariveles cargados de metal; bajaban hasta el ingenio y volvían vacíos y ágiles al socavón. Estos andariveles, cabeceando, solían

saludarse en sus encuentros y paseaban en silencio su tedio.

Acudían los trahajadores a empezar las faenas, provocando un rumor que rasjaba el aire punzante del Altiplano. Estaba la intrada recamada de cal, en contraste con el color obscuro y humedo del túnel que se prolongaba largo sitio, hasta que, de un tajo se hundía perpendicularmente en el abismo, como garganta ávida de vidas.

Un ascensor, monstruoso en las bajadas, pero buen hermano de los que subían a flor de tierra, seguía el ritmo de su trabajo, paciente, incansablemente. Le denominaban la «jaula», por su forma y por que es quien roba el sol de las pupilas y la esperanza de existir. Mas, por la tarde, la «jaula», prendida de los cables, después de haber aprisionado durante horas y más horas la congoja humana, trepaba con los obreros sobre el lomo y los conducía hacia la luz. Salían éstos nimbados de polvo reluciente. Escupían el gas y la angustia que llevaban consigo y dilataban los ojos estrujados por la sombra, al divisar la sonrisa combada del cielo.

* * *

Vicente es el capataz de la cuadrilla. Con el dorso bruñido por el metal desmenuzado, refulge a la claridad del acetileno. Gira la pica sobre su cabeza al impulso de sus brazos, y se clava gruñendo en la roca.

Están semidesnudos todos los de la cuadrilla. Parecen bañados de luna y respiran fatigosamente la tierra que se cierne de las bóvedas. Los hierros pulverizan la consistencia del granito con un ruido heroico.

Los hombres de Vicente cavan una galería y apuntalan su techumbre. A medida que su labor ahueca el vientre de estaño, tienden los rieles de un carril para sacar por la «jaula» los materiales del «desmonte». Las vagonetas se escurren lamiendo las paredes del túnel, al galope de un mulo, cuyos ojos escrutan la cueva anochecida.

Al paso del vehículo, mal divisado entre velos de polvo y de tinieblas, los obreros se esconden en las «urnas» socabadas en los muros laterales y apretándose contra el granito, murmuran devotamente un «Santa María», para sobreponerse al vértigo que produce la vagoneta, que araña la obscuridad y tiene quejidos de hierros viejos.

Transita la bestia con su galope de ir y venir, con una exactitud de obrero veterano. Lleva por delante los faroles de sus ojos, encendidos en llamas de fosforescencia y que agujerean la negrura del camino.

Tal vez sea la única llama de rebeldía en el fondo de las minas.

• • •

Cumplida la tarea, salían los mineros por aquel laberinto subterráneo, a tomar sitio en la «jaula» que

los llevaría al suelo que sólo conocen los demás hombres. Un punto imperceptiblemente azul se fué dilatando en la ascensión, hasta transformarse en la pupila del cielo.

Tambaleantes, por la embriaguez que producen las sombras, aparecen los mineros en la ventana de la bocamina. ¡Nunca fuera para otros más luminosa la línea de la altiplanicie, ni más transparente el infinito de añil!

Faldeando el cerro se desparraman hacia sus ranchos. Distienden los nervios y comban el pecho, bebiendo a sorbos largos el frío cristalino.

Sin embargo, en los momentos del descanso, la murria y la nostalgia punzan como el frío de la puna. Echan de menos la camaradería del trabajo y del peligro que hace solidarios a los hombres. Algunos buscan una caricia imaginaria en el ensueño torpe de la coca, y otros vuelven a reunirse, como en las horas de labor, para disipar aquel altiplano del alma.

Allí, en una casucha que se aplasta para resguardarse del viento, otra vez están juntos los de la cuadrilla. Ticona, retacón y fornido como hijo de la pampa alta, tiene el rostro color de estaño. Aquel Antezana, envejecido y de carnes magras, naufragó en la vida de los minerales y no quiere moverse de estos pagos. Vicente y Felipe vinieron del valle. Los dos son jóvenes, pero el último ha escanciado mejor en sus pupilas el jugo de su tierra, aunque el mirar dulce se

le va velando con la obscuridad de los subterráneos.

Vicente es guapo, tiene la gallardía de los indios vallunos, sus pupilas negras son amables como las mazorcas de un sembrado.

Una moza, venida también a probar fortuna en los minerales, llena furtivamente los vasos recelando que alguien pudiera venir a interrumpirles el holgorio. Tiene la muchacha el andar seguro, su carne un matiz bronceo y su cuerpo prieto también está nutrido por la sabia del valle.

—Oye, paisana—le dice Vicente— yo te quiero solito.

—De aquí a un año, si te portas bien.

Los mineros festejan la broma y persiguen el regalo de una sonrisa de aquellos labios carnosos. Ella se escurre llenando los vasos y a todos mira burlescamente, pero rehuye las pupilas duras del joven.

Los demás canturrean aires llorones que recuerdan el poblado natal. Después se han sumido en un sueño pesado. Hay muchos que han cedido al cansancio del trabajo y regresan a sus ranchos.

La moza queda en el dintel de la puerta enana y Vicente, haciéndose al, que ha de irse, se le aproxima. Ambos no saben sino de caricias torpes, como todos los de su raza.

—Trabajaré para ti, pero vente a mi casa,—le dice él, cohibido.

La muchacha aparenta resistir, pero le seduce el

cuerpo fornido. Para él, cuyas manos han apretado la dureza de la herramienta, tiene la carne de la mestiza una suavidad inexplicable.

Juntos. Ebrios por una caricia que quizá no alcanzó a ser un ensueño, se alejan hasta una quiebra que difumina la madrugada.

Cuando la luz floreció como un capullo de cinabrio, un amor furtivo floreció también en los dos pechos unidos.

* * *

Las galerías, en red inextricable, horadan la masa, tanteando el metal que a ratos se manifiesta abundante y a ratos se esconde como una quimera, torciendo de rumbo para perderse a la codicia de quienes lo persiguen. Entonces, los trabajadores urgan las entrañas del cerro cateando por una y otra dirección, y abren nuevos corredores, asfixiantes y chatos.

Las barretas chocan contra la peña, pero el granito resiste a los golpes y el hierro se daña. Cada golpe hace escurrir de las bóvedas, hilos de polvo.

Entonces, la cuadrilla llama a los dinamiteros. Sus instrumentos se quejan taladrando el corazón de la roca. Cavan un hueco e introducen los explosivos. Luego, dan la señal de alarma y corren a refugiarse a una galería opuesta.

Un grito potente se propaga por todos los ámbitos. Crujen las rocas en un espasmo de miedo y el eco de la explosión acuchilla los oídos.

Los hombres de Vicente hacen una larga pausa. Las últimas piedras caen con indecisión, mezcladas con metal brillante. Se aproximan los obreros para examinar el «desmonte» y descubren una veta que destella con fuego de plata antigua. Tienden los rieles hasta el derrumbe de la explosión y empiezan a despejar las escorias. Trabajan las picas y las azadas, cargando la vagoneta que corre sobre las tinieblas.

La lluvia de polvo no ha cesado; sigue cayendo de la techumbre un cendal terroso, persistentemente, como garúa en una mañana gris.

La vista se hace torpe con estos velos de obscuridad y los oídos no escuchan ensordecidos por las voces del subterráneo.

Los obreros se apiñan junto al «desmonte», en el extremo de la cueva abierta, y siguen arañando las paredes, para hacerse más fondo.

Nadie dirige la vista hacia la bóveda apuntalada por vigas falsas. El techo se abre en surcos que parecen la sonrisa sarcástica de la montaña, y una mole se precipita a plomo, con un ruido seco, aplastando a los hombres. Luchan ellos contra los escombros; se ayudan unos a otros, y salen al recinto estrecho junto a la vena de estaño, al final de la cueva.

Están emparedados. No existe una ventana de luz ni una quiebra que dejara escurrir el aire. Al otro lado del derrumbe, está las galerías por donde se puede salir a la «jaula» y respirar aire libre.

Los trabajadores de la cuadrilla tosen la tierra.

Cinco están apretados por el derrumbe contra las rocas. Todos miran el acetileno que tiene una llama química y que durará mientras que sea respirable el aire.

Los mineros esperan, porque han hecho oficio de la paciencia. Esperan que sus compañeros se aperciban del derrumbe, que vengan a trabajar con rumor de empeños, para salvar las vidas de sus amigos; para levantar el paredón que los asfixia. Que esta enorme peña sea hecha trizas en cualquier forma, para dejar colar un poco de aire, que corre tan grato allí, y devuelve el ánimo a los pulmones.

Tratan de calmar la tos que les roe la garganta, mascullando las hojas de coca, que engañan el calor y amodorrán con un sueño torpe. Después cada uno calla, y fija la vista en la llama química del acetileno que gradúa el aire.

Vicente también piensa. Recuerda en un cuerpo prieto, que tiene no sé qué suavidad extraña.

Un hilo verde se escurre por sus labios terrosos, y en la modorra, sigue pensando en ella, como en algo inusitado que apareció en su vida oscura de minero, hasta que se apagó el acetileno de la lámpara.